

ESA PAREJA FELIZ / LA MUERTE Y EL LEÑADOR

Berlanga, de Bardem a Azcona

LUIS ALEGRE

Esa pareja feliz y *La muerte y el leñador* conforman un programa doble inaudito y de lo más sugestivo. Representan dos épocas y dos relaciones decisivas de la vida y la carrera de Berlanga: sus inicios y su edad de oro; Juan Antonio Bardem y Rafael Azcona.

En 1950, mientras urdían el guion de *Esa pareja feliz*, su primer largometraje, Berlanga tenía veintinueve años y Bardem, veintiocho. Eran muy diferentes, pero su amistad y complicidad atravesaban una fase de euforia: se querían comer juntos el mundo.

La película era, de una manera muy clara, hija de los dos. De cada uno y de la mezcla tan insólita que formaban. Estaba marcada por el carácter rebelde y trasgresor de ambos, su profunda cinefilia y unas ganas tremendas de desafiar al cine español dominante, al que despreciaban por su falta de verdad y su desdén de la realidad cotidiana y las personas corrientes. Ellos sentían debilidad por los antihéroes, los perdedores, la gente del montón golpeada por la dureza de la vida: *Esa pareja feliz* se centra en un

matrimonio de trabajadores (Fernando Fernán-Gómez y Elvira Quintillá) que las pasa canutas para sobrevivir en el Madrid de la posguerra. Bardem y Berlanga andaban fascinados por los aires neorrealistas que venían de Italia y, entre las influencias que acumulaban entre uno y otro, se distinguían a Carlos Arniches, René Clair, Frank Capra y películas como *Navidades en julio* (Preston Sturges, 1940) o *Se escapó la suerte* (Jacques Becker, 1947). Bardem apreciaba del cine su potencial para sacudir conciencias y mejorar la realidad; Berlanga, infinitamente más escéptico y pesimista, aspiraba, básicamente, a retorcer la realidad y reírse de ella.

El fruto de esta mítica colaboración fue una película crucial que, como tantas obras cruciales de nuestro cine, se estrenó tarde y mal, unos dos años después de su rodaje, el 30 de agosto de 1953, al calor de la repercusión de *¡Bienvenido, Mister Marshall!* Pero la inmensa mayoría del público no reparó en ella.

En 1962, a sus cuarenta años, Berlanga era otro. La entrada de Rafael Azcona en su vida había dado un vuelco a su cine: sus guiones eran más sólidos



Esa pareja feliz.



La muerte y el leñador.

dos y el tono de sus historias mucho más acerado. No quedaba rastro de los amagos románticos o cándidos de sus primeras películas. Él se en-

contraba en estado de gracia, lleno de energía e inspiración. *Plácido* (1961), el primer largometraje de la pareja, era una genialidad y, en ese instan-

te, le daban vueltas al argumento de *El verdugo*, que sería otra bomba y otra maravilla. La sintonía con Azcona era absoluta. Se hallaban en ese periodo dulce de una relación en el que cada uno saca lo mejor del otro y todo fluye.

En ese momento, entre *Plácido* y *El verdugo*, Berlanga recibió un encargo: adaptar una fábula de La Fontaine, *La muerte y el leñador*, en un cortometraje que integraría una coproducción europea, una película de episodios titulada *Las cuatro verdades*. En su versión de la fábula, el protagonista es un desdichado organillero madrileño que, en compañía de un burro y un niño, recorre Madrid desesperado por encontrar una manivela de organillo que sustituya a la que le han requisado por razones burocráticas. Berlanga y Azcona quedaron muy satisfechos del resultado, pese a que, como ocurriría en *El verdugo*, las exigencias de la coproducción impedirían que fuera interpretada por José Luis López Vázquez. Pero *La muerte y el leñador* queda como una antología de su cine y de su mundo. El esperpento, el humor negro, la picaresca, el sainete, los guiños a Kafka y una visión demoledora de la condición humana brillan en una extraña e irresistible armonía.

Luis Alegre es autor del libro "¡Hasta siempre, Mister Berlanga!" (2021).

ZINEMALDIA

REKIN

PATROCINADOR DEL 69 FESTIVAL DE SAN SEBASTIAN
69. DONOSTIA ZINEMALDIAREN BABESLEA

